

ANTONY VALABREGUE

LAS HIJAS DE PARÍS

En los serenos días del estío,
formando alegre coro,
van hacia el bosque con gozoso brío,
cuando el sol débil arde,
y al campo aduerme el arrullar sonoro
de los últimos soplos de la tarde.
Cantando van con jubiloso alarde;
las llaman con sus sombras y reflejos
las frescas espesuras, y las brisas
llevan, estremeciéndose, á lo lejos
el jovial estallido de sus risas.

Berta en el claro arroyo los pies baña;
á Inés, que el cinturón ha desceñido,
le sorprende y extraña
no encontrar ningún nido
en la mustia maleza
donde quedó enganchado su vestido;
sobre su rubia, juvenil cabeza,
Laura agita una rama floreciente
de lilas olorosas;
Felisa, que ha cogido muchas rosas,
guirnaldas teje para ornar la frente.
Las hijas de París, cuando gozosas
al campo van, con júbilo entusiasta,
con una flor ó una hoja transparente
gozan: eso les basta.

También yo siento que en el alma mía,
cuando el sol del verano dora el cielo,
la juventud renace, y la alegría;
y con dulce temblor, que me extasia,
surge de amor el apagado anhelo.

Con las hermosas pláticas entablo,
si mi paso impaciente las alcanza;
pero no ven, cuando feliz les hablo,
que arde en mi corazón vaga esperanza.
De los juegos que encienden
sus juegos y sus risas las defienden;
y muy pronto, á través de la pradera,
y los bosques umbríos,
escapan todas en veloz carrera
llevándose en sus frescos atavíos
tu júbilo triunfal, oh Primavera!

PASEO DE INVIERNO

Tardío y lento el invierno
llega; y sin daño mayor,
los amarillentos árboles
que el otoño marchitó,
en las viejas Tullerías
aún resplandecen al sol.
Ella sigue, como en tiempo
más feliz—¡sábelo Dios!—
las antiguas alamedas,
que con ligero temblor
responden al primer soplo
de la glacial estación.
Lleva de la mano á su hijo
—¿qué compañía mejor?—
Al niño todo le atrae,
todo llama su atención;
y ella, viéndole, recobra
la dicha que huyó veloz.
Le deleita la inocente
infantil conversación
de aquella dulce criatura
que á su imagen se formó.
En ella, de su pasado
se abre de nuevo la flor;
tiene sus mismas facciones,
su tez pálida, su voz,
y hasta los mismos impulsos

de su tierno corazón.

Pero ya el cielo, que al frío
invernal palideció,
tiñe de matiz rosado
el vespertino arbol.
El niño siente una ráfaga
del cierzo estremecedor,
que cerrar le hace los ojos
y le da un golpe de tos.
La amorosa madre, al verlo,
piensa, con nuevo dolor,
que de ella la delicada
naturaleza heredó;
teme al porvenir, que avanza
cual lóbrego nubarrón;
quisiera, en la hora presente,
parar del tiempo el reloj;
quisiera, con alma y vida,
con esfuerzo salvador,
guardar al débil infante,
único que Dios le dió!
Con su mirada lo envuelve,
como un velo protector,
y sueña—¡terrible sueño,
que aumenta más su aficción!—
en la muerte, largo viaje
que han de hacer juntos los dos.

PUESTA DE SOL

Me acuerdo bien: de negro ibas vestida;
 un velo azul llevabas;
 tus blondos rizos, hacia atrás echados,
 caíante á la espalda;
 y cual supremo adiós, el sol poniente
 los ojos te besaba,
 y en ellos reflejándose, encendía
 palpitadoras ráfagas.

Tú corrías jovial, sin aguardarme,
 por la espesura diáfana;
 el musgo que te dió mullido asiento
 hollaba tu ágil planta,
 y en el incierto fondo de la selva,
 á mi vista asombrada
 te escondían las olas misteriosas
 de la penumbra vaga.
 Tendió sus tenues sombras el crepúsculo;
 corrieron brisas rápidas,
 agitando las hierbas vacilantes
 y las trémulas ramas;
 los suspiros del viento engañosos
 aumentaron mis ansias,
 é imaginé que huías alejándote
 con blando rumor de alas.

EL MANANTIAL

Del manantial en que bebes
 tienen el color tus ojos.
 Cuando en tus cerrados labios
 el tímido beso tomo,
 suena cual los arroyuelos
 que alegran el bosque lóbrego.
 Es tu voz viva y ligera
 también, como los arroyos;
 tiene sus notas alegres,
 tiene sus tristes sollozos,
 y del manantial recuerda
 los hervideros sonoros.

También en tu risa vibran
 los estallidos gozosos
 del agua que arremolinan
 saltos, corrientes y soplos.
 Y dentro del alma tuya
 fluye, escondido en el fondo,
 raudal de ilusiones puras,
 que desborda dulce y pródigo,
 cual si la fuente en que bebes
 vertiese en ti su tesoro
 de frescas linfas, mezclándolas
 con tus pensamientos todos.

JUAN AICART

LA CIGARRA

Soy el alegre, improvisador insecto,
 que cuando el alba ríe
 de la ardiente Canícula, en los árboles
 emprendo mi canción de agudo timbre,
 siempre igual como el curso de los años
 y del sol que los rige.
 Soy el verbo radiante del estío.
 Cuando el bochorno meridiano rinde
 al segador entre las rubias mieses,
 y la sombra apacible
 busca, donde tendido y jadeante
 un soplo de aire halagador respire,
 más que nunca feliz y jubilosa,
 hago sonar mis agrios tamboriles.
 Triunfa la luz, y nada más mi estrofa
 se oye del campo en los extensos límites,
 mi estrofa, que es la claridad del cielo,
 trocada en voz para que aliente y vibre.

Como las mariposas, en el cáliz
 de la flor, al abrirse,
 bebo la limpia gota de rocío,
 lágrima pura de la noche triste..
 El sol omnipotente me da vida,
 y aliento el aire libre.
 Sócrates me escuchaba, y en sus versos
 me nombraba Virgilio. Insecto humilde,
 amado soy del vate y de los dioses.
 Los tersos globos de mis ojos sirven
 de espejo al sol, y mi rojizo vientre
 es cual teclado de oro, que sensible
 palpita. Mis cuatro alas transparentes
 con nervios delicados, ver permiten